

crita por aquellos de sus amigos más cercanos, como lo fueron sus viejos camaradas de provincia, y por discípulos y compañeros de lucha como fueron en primer término Jaime Jaramillo Escobar (X504), Eduardo Escobar, Ricardo Sierra Caro, Reinaldo Spitaletta y otros más. Vale aclarar que las anteriores referencias no corresponden al ordenamiento temático elegido por Vélez a través de los cuatro extensos capítulos en que está dividido el libro, divididos a su vez en apartes. Se trata, como ya se dijo, de un trabajo meritorio en su aspecto divulgador en el que su autor, Juan Carlos Vélez, se propuso ofrecer a los lectores la visión más amplia posible del poeta nadaísta, que no sólo recurre a los textos sino que también incluye fotografías de Arango, algunas de ellas desconocidas hasta el presente. Si alguna objeción pudiera hacerse a este libro, no sería a Vélez, su autor, sino al prologuista del mismo, el cual, impulsado quizá por el afecto y entusiasmo que le producen su amigo el poeta y su obra, creyó en algún momento que para resaltar su grandeza como creador y como hombre era necesario presentarlo con los tintes oscuros del mundo del *underground*, al estilo de los malos folletones.

ELKIN GÓMEZ

## Mirada a Miranda

### Miranda, su flauta y la música

Varios autores

Caracas, 1999, 60 págs.

### Cartas a Miranda.

#### Sobre el desplazamiento

#### de los monumentos de arte de Italia

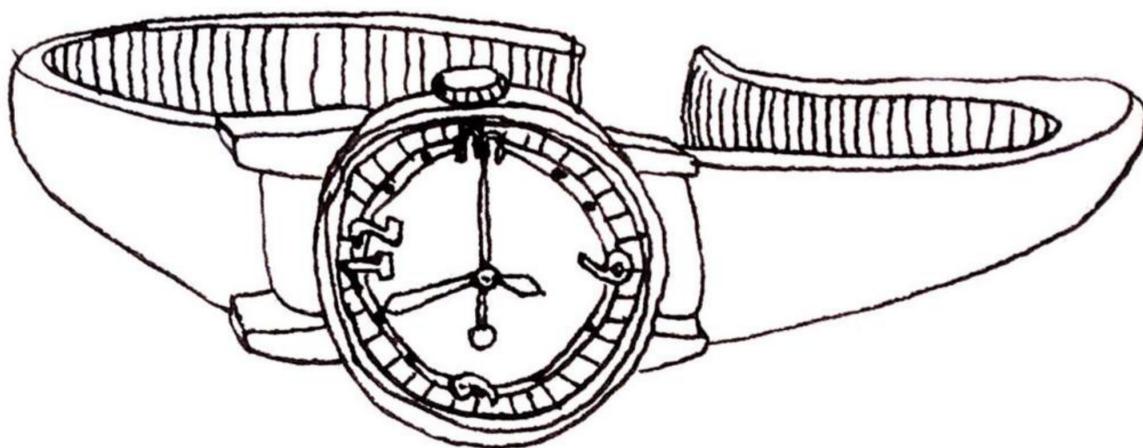
Antoine Quatremere de Quincy

Instituto del Patrimonio Cultural,

Caracas 1998, 145 págs., il.

La imagen del precursor de mil facetas no termina de sorprendernos. Se sabía de don Francisco de Miran-

da (1750-1816) que fue el más culto y sensible de los criollos, el más universal de los americanos del siglo XVIII. Que acumuló una descomunal y diversificada biblioteca. Que la pasión por la política y la obsesión por la libertad no acapararon su *élan* vital e intelectual. Se tenían, incluso, indicios de su interés por la pintura, la arquitectura y la música.



Precisamente en este último aspecto de la personalidad del Generalísimo ahonda la bella publicación *Miranda, su flauta y la música*, resultado de un trabajo de investigación histórica y musicológica realizado por Edgardo Mondolfi, Luis Julio Toro y Karina Zavarce. Ellos se dieron a la tarea de rastrear en la fuente originaria —el archivo personal— tras las pistas y los testimonios de un Francisco de Miranda melómano, flautista, amigo de Haydn, admirador de Boccherini, *habitué* de las salas de concierto.

El documentado texto de Mondolfi es casi un cuaderno de bitácora. No podía ser de otra manera tratándose de una existencia andariega, de un trashumante que pasó casi 40 años fuera de su país y que fue tentado desde muy temprana edad por el demonio de la música. Ayer surcando el Caribe, prófugo y polizón, a bordo de una balandra. Hoy en Londres, celebrando en la abadía de Westminster el centenario de Händel. Mañana en Viena, en una representación operística. Y la flauta, siempre la flauta, fiel compañera de tantas horas de encierro, incertidumbre y soledad.

Luis Julio Toro, con la autoridad que le confiere el hecho de ser un músico talentoso, y consumado flau-

tista, se encargó de averiguar cuál fue el modelo de instrumento que tocó Miranda: la flauta traversa barroca, de madera y con una sola llave, utilizada en la época para interpretar desde el repertorio de Bach y Telemann hasta los conciertos de Mozart. En el tomo XXIV de los manuscritos originales del *Archivo* mirandino que reposan en la Academia Nacional de

la Historia de Venezuela fue hallada una pieza clave en esta investigación: el *Método para aprender a tocar en poco tiempo la flauta traversera para uso de principiantes y de personas más avanzadas*, escrito por el francés Antoine Mahaut y publicado en 1759. Es obvio, señala Mondolfi, que la práctica interpretativa del general fue simplemente la de aficionado que nunca aspiró a una carrera de solista.

Una parte importante del *Archivo* personal la constituye el *Diario de Viajes*, en donde Miranda llevó un registro minucioso de sus correrías y del lugar que en ellas ocupó la música. En una oportunidad —con candor que hoy nos sorprende— comenta el percance sufrido por una concertista cuando se rompió una cuerda de su clavecín. Más incisivo es el comentario que hace de una velada operística en Lyon en 1788: “Nos dieron *Orfeo y Eurídice*, ópera de Gluck, estropeada a la francesa”.

Ese itinerario novelesco condujo al “Wilhelm Meister de los trópicos”, como lo llamó acertadamente Mariano Picón Salas, a los más diversos lugares. Unas veces mimetizado bajo nombre falso para despistar a las autoridades o acusado de espía. Otras, no obstante, recibido con los honores de hombre ilustrado. Fue así

como llegó hasta el palacio de los Esterhazy a visitar a Haydn, y como, gracias a su amiga Catalina de Rusia, pudo conocer en persona a Giuseppe Sarti, director de la ópera italiana en San Petersburgo.

Buena parte del periplo transcurre en el viejo continente y, desde su llegada a Londres en 1785, coincide con uno de los períodos más fecundos y atractivos de la música europea: el auge del clasicismo vienés, la gloria precoz del genio llamado Mozart. El repertorio con el cual se familiarizó Miranda abarca, además del barroco tardío, la escuela de Mannheim y la escuela clásica vienesa.



De todo esto da cuenta el documento sonoro que acompaña la publicación patrocinada por el Banco Mercantil. Las brillantes interpretaciones, fieles al espíritu de la época, estuvieron a cargo del mismo Luis Julio Toro, quien utiliza una flauta travesa barroca, copia del modelo Denner del siglo XVIII, María Esther Jiménez con las flautas dulces, Rubén Guzmán (clavecín) y Carlos Guzmán (violonchelo). El disco compacto incluye obras de J. J. Quantz, G. F. Händel, F. X. Richter, G. Bautista, F. J. Haydn, G. Sanmartini, J. Major y una lección del citado método de A. Mahaut.

En cuanto al libro de Antoine Quatremere de Quincy, *Cartas a Miranda. Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte de Italia* (introducción y notas de Edouard Pommier, traducción de Julieta Fombona), Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural, 1998, éste es uno de esos libros que pueden ser leídos, disfrutados o simplemente

hojeados de diversas maneras. El bibliófilo admirará la belleza de la edición, ilustrada con páginas facsimilares del original francés, grabados, dibujos y fotografías. El historiador hallará información valiosísima y de primera mano sobre el período del Directorio y la turbulencia política que caracterizó los tiempos que siguieron a la Revolución Francesa. Si es historiador del arte interesado en los temas del patrimonio, su conservación y destino, tendrá acceso a una serie de lúcidas y pertinentes reflexiones de quien fuera uno de los teóricos más célebres de la época en Francia, Antoine Quatremere de Quincy. Para el estudioso de Francisco Miranda, un testimonio apasionante que permite acceder a una nueva faceta de este americano excepcional, y constatar, como dice Juan Pedro Possani en la presentación de la obra, ese “acontecimiento descomunal” que fue la vida y la obra del Precursor.

Por primera vez se publican en español las *Cartas sobre el perjuicio que ocasionaría a las artes y a la ciencia el desplazamiento de los monumentos de Italia, el desmembramiento de sus escuelas y la expoliación de sus galerías, museos, colecciones, etc.*, que fue el título con el cual apareció inicialmente la obra en el año 1796 en París. Tal será la notoriedad reconocida al destinatario, que ediciones francesas posteriores, más recientes, han consagrado el título de *Cartas a Miranda*, con el cual se las identifica actualmente.

El *Leitmotiv* de las siete cartas —verdaderos tratados, impregnados de sapiencia— es un alegato contra el saqueo de los bienes culturales, una denuncia descarnada de la política de incautación de obras de arte promovida por el gobierno del Directorio y puesta en práctica, con los resultados que se conocen, por Napoleón Bonaparte. Al mismo tiempo, una condena del espíritu de conquista y una crítica a la idea del museo, cuando es resultado de la expoliación de países subyugados. A juicio de ambos hombres, unidos —como lo revelan los textos de Quatremere— por una profunda

compenetración y por una comunión de puntos de vista, el mandamiento número uno de la conservación debe ser el respeto de las obras de arte en el lugar de origen, en su contexto y en las condiciones que las vieron nacer. Criterios éstos que exhiben hoy la más absoluta actualidad.

Sucede algo curioso con el libro en cuestión. Miranda, que en realidad es tan sólo el interlocutor en la sombra, algo así como un destinatario virtual (las cartas enviadas por él, que configurarían la otra faz de esta correspondencia, no se conocen: nunca fueron halladas), parece dominar la escena con su personalidad avasallante y la universalidad de su cultura. El propio Quatremere de Quincy lo hace explícito, de manera conmovedora, en la primera de las misivas:

*Cada vez aplaudo más la feliz idea, que tuvo usted en la ocasión de nuestra separación, de interesar nuestra correspondencia epistolar con la discusión de algún tema filosófico, literario y político. Este trabajo de comercio me otorga demasiadas ventajas para que lo rompa. Si va en detrimento de alguien, es de usted, ya que es usted el más rico de los dos. Pero tal es la naturaleza del comercio de las ideas que resulta que aquel que más da no es el que menos se enriquece; sus últimas cartas son prueba de ello...*

Pero ¿quién era en realidad el tal Quatremere de Quincy, la persona que, disimulada tras las iniciales A.Q. de la primera edición, mereciera la amistad del venezolano? Arquitecto, restaurador, teórico e historiador del arte antiguo, fuertemente influido por la lectura de Winckelman, Antoine Quatremere de Quincy nació en 1755 y murió en 1849. Autor de varias obras, entre ellas su célebre *Diccionario de arquitectura*, fue el responsable de la remodelación de la iglesia de Sainte-Geneviève en París. En 1816 es nombrado intendente de artes y monumentos públicos.

Comprometido políticamente con los ideales y las luchas de la re-

volución, pero partidario del monarquismo constitucional, cae preso durante el período del Terror y, una vez en libertad, vive entre la clandestinidad y la persecución. Un destino, pues, que también compartió con Miranda.

Además de las cartas propiamente dichas, antecedidas por la presentación de Juan Pedro Posani, director del Instituto del Patrimonio Cultural en el momento de la aparición de la obra, y de una ilustradísima introducción de Edouard Pommier, la parte final del libro reserva una dádiva: la hermosa semblanza de Miranda escrita por el mismo Quatremere de Quincy. De ella tomamos, para concluir, este pasaje:

*Miranda amaba demasiado la libertad de su país para quedarse en él. Juró regresar solamente con la libertad. Pero la libertad es una ciencia, y quiso aprenderla. Quería hojear las páginas de la tiranía en el gran libro de las naciones de Europa. Deseaba ardientemente forjar las armas que habrían de combatir la tiranía en sus propios arsenales.*

VALENTINA MARULANDA

## Historia empresarial

### Lecturas críticas de administración

Eduardo Sáenz Rovner (compilador)  
Siglo del Hombre Editores, Bogotá,  
1998, 330 págs.

Innovar. Revista de Ciencias Administrativas y Sociales, publicada semestralmente por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional, obtuvo en 1996 un merecido reconocimiento de Colciencias en el área de las ciencias sociales. Algunos de los énfasis de la revista han sido la nueva historia empresarial, las modernas teorías administrativas y la evaluación de la formación universitaria en este campo.

El historiador Eduardo Sáenz reunió diez de los artículos aparecidos en Innovar para dar comienzo a un fondo editorial especializado. Los artículos reflejan la independencia de la revista y su alta calidad académica, sobresaliendo las temáticas incluidas en las secciones de “Debates en administración”, “Estudios sobre empresas” y “Estudios sobre gremios”.



El primer artículo (págs. 15-61) fue escrito por el profesor Sáenz en 1994 y publicado en 1995, terciando en la polémica originada en el reporte sobre “Estado actual y perspectivas de la educación y la investigación en el área de administración” que tres profesores de la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes habían elaborado en 1990 para la Misión de Ciencia y Tecnología. El artículo refleja las vivencias de su autor como investigador y profesor de historia empresarial en Colombia y Estados Unidos, y las inquietudes sobre las escuelas de administración, resaltando el paralelo entre las críticas efectuadas desde comienzos de siglo pasado en Estados Unidos a las facultades de administración de ese país, y las deficiencias y excepciones que los autores del reporte hicieron a un grupo representativo de programas de formación superior en el país.

El telón de fondo de esta discusión es el papel de los científicos sociales preocupados o temáticamente vinculados a las organizaciones de negocios. Se recuerda la oposición de pensadores como Veblen, Wright Mills, Baritz y Milliband a la forma como era contaminada la universidad por los “métodos gerenciales”, para proyectar las críticas a las actuales *business schools*, enfatizando en varios puntos: el poder de los empresarios sobre el mundo acadé-

mico, y el carácter cosmético de las estrategias de “humanización del trabajo” que precedieron, y de las modernas teorías de calidad, productividad y gerencia democrática. El escrito focaliza su crítica en la incapacidad de los autores de estudios sobre temas administrativos en Colombia para hallar soluciones originales a los problemas del desarrollo organizacional, la gestión de los cambios tecnológicos y la búsqueda de equilibrios entre las metas empresariales y los proyectos de vida de quienes trabajan. La tendencia descrita en el artículo es la de reproducir —en nuestro medio— buena parte de los modelos ideológicos empresariales que predicán democracia y participación, tarea en la cual descuella precisamente la escuela a la cual pertenecían los autores del reporte de 1990.

Sáenz documenta la reproducción del discurso mitológico sobre la gerencia japonesa y de los clisés en los manuales que son trasplantados por los consultores criollos vía programas de estudios y relaciones empresa-universidad. Para tal fin, revisa algunos de los más reconocidos autores y libros colombianos sobre temas de administración. Más adelante demuestra con nuevos ejemplos cómo la “literatura sobre medidas” producida como estudios de caso o historias de empresas carece del rigor metodológico derivado de un trabajo cuidadoso de archivos y del estudio exhaustivo de las fuentes secundarias. El resultado final de esta falta de autonomía de los científicos sociales frente al poder incide en el atraso de estas disciplinas y en la mediocre situación de la formación en administración. Situación que difícilmente podrá cambiar mientras se pretenda justificar la calidad de los programas en el número de avisos publicitarios sacados en los medios masivos, antes que en investigaciones serias y que reflejen avances en el conocimiento.

Se omite la consideración de los resultados de los estudios de académicos que por fuera de las facultades de administración igualmente asumen posturas positivistas y neutralidad valorativa respecto a los temas de las organizaciones.